

ferentes con el sacristán sustituto. Cuando salió, vestido ya su gallardo uniforme, era casi de noche. Las monjas se retiraban á sus celdas y veíanse sombras blancas que se perdían en el claustro, y oíase rumor de perezosos rezos. Tilín quiso hablar á la abadesa y dirigióse al vestibulo de donde partía la escalera. Todo estaba obscuro. Vió delante una figura que entraba del claustro para pasar al coro. Tilín la detuvo; Sor Teodora lanzó una exclamación de sorpresa, y antes que pudiese decir una palabra, cayó de rodillas ante ella el sacristán guerrillero, y como un reo que pide perdón, exclamó con voz profunda y sofocada:

—¡Madre, mujer, Sor Teodora...! por Dios, quiéreme.

La hermosa dama se quedó estática y muda; tanto le sorprendieron el tono y la voz del sacristán soldado.

—¡Tilín!... ¡Jesús!...—murmuró.

Y Tilín repitió con loco ardor.

—¡Quiéreme, quiéreme!

Su voz temblaba. Después se levantó y tendió sus brazos sin atreverse á tocarla, acercó su boca al oído de Sor Teodora y á media voz dijo estas palabras:

—Monja, yo te amo.

—¡Jesús Crucificado, ampárame!—gritó la esposa de Cristo llevándose las manos á la cabeza.—¡Satanás, perro maldito, vete!...

Quiso huir. Sintió que sujetaban su hábito. Dió un nuevo grito. Oyéronse pasos y una voz que decía: "¿Quién está ahí?"

Dos monjas que llegaron vieron á Sor Teodora acongojada y trémula. ¿Había tenido una visión? Sensiblemente perturbada se hallaba; pero con un vaso de agua la volvieron á su pristino sér. Tilín había desaparecido.

XII

Largo rato estuvo la madre sin volver de su espanto, aterrada y sobrecogida, sintiendo sobre su alma un peso colosal y una opresión tan angustiosa en su pecho que apenas podía respirar, y todo lo veía negro y rojo, como si se hallase bajo las pavorosas bóvedas del Infierno. La inaudita revelación, tan sacrilega como infame, había producido en su espíritu una sacudida espantosa como la que produciría un reclamo verbal del mismo Satanás, reclutando gente para sus calderas. No obstante, el espíritu de la buena religiosa estaba absolutamente limpio de pecado en aquel negocio, y ni con fugaz idea, ni con vano pensamiento era cómplice de la execrable pasión de Armengol. Por el contrario, el atrevido sacristán representósele desde aquel instante como un sér aborrecible, digno de los más crueles castigos.

El primer cuidado de la dama aquella noche después que se retiró á su celda fué rezar, implorando la misericordia de Dios, no en pró de ella misma, que en aquel caso no la necesitaba, sino en pró del miserable extraviado que con sus livianos pensamientos y

deseos faltaba horriblemente á la ley divina y profanaba el santo asilo de las castas esposas de Jesucristo. Aun se puede tener por seguro que Sor Teodora de Aransis se dió una buena tanda de azotes y se puso silicio, mortificaciones ambas que habrían caído mejor en el cuerpo del bárbaro criminal que en el de la mujer inocente. La causa de esta severidad con sus propias carnes era que se creía culpable por otro concepto, y como culpable digna de castigo. Veamos la opinión que formó de sí misma.

Dos ó tres horas llevaba de oración y recogimiento después del tremendo suceso, cuando ocurrióle de súbito una idea que le pareció sorprendente por lo juiciosa y atinada. En efecto, aquella idea encerraba una lógica profunda. Según ésta, lo que había pasado á Sor Teodora, aquellas infernales palabras que había oído, aquel brutal hombre que delante de sí había visto, horrorizándola con su delirio, no eran otra cosa que un castigo providencial por su detestable afición á las guerras religiosas. La noble conciencia de la dama iluminóse con esta idea, y comprendió que era contrario á la religión, á la severidad monástica y á las leyes más elementales del amor de Dios su afán por las luchas de los hombres y aquel su deseo de ver triunfar al son de trompetas, cajas, cañonazos y gemidos de moribundos la mansa fe católica.

Si, castigo era por haber olvidado la ley de Dios y la santidad de la orden, contribu-

yendo á inflamar las pasiones de los hombres. ¿Qué era Tilín sino la personificación monstruosa de aquella misma guerra salvaje, de aquel bando osado, violento, sedicioso, rebelde á toda ley? Sí, ella había consagrado á la infame hidra la vehemencia, el interés, las simpatías y aun el amor que debía á su esposo, y en castigo de esta infidelidad, el ofendido consorte había permitido que la infame hidra se volviese contra ella y la hiriera con una de sus más ponzoñosas garras. Bien, muy bien, la lógica de este razonamiento irradiaba en la conciencia de la noble mujer como un reflejo de la virtud divina.

Consecuencia inmediata de tal lógica fueron los azotes que la religiosa se administró, maltratando tan sin piedad sus hermosos hombros y espaldas, que si alguien la viera se habría apresurado á impedir tal desafuero contra la belleza y contra una de las más seductoras obras del Autor de todas las cosas y carnes. Parte de la noche estuvo en vela la madre, orando con fervor, y al día siguiente púsole todo en conocimiento de su confesor, de quien recibió absolución completa y los más saludables consuelos.

Más tranquila después del acto religioso, Sor Teodora rogó á la madre abadesa que la impusiera una tarea cualquiera, aunque fuese de las más penosas. La madre abadesa mandóle que barriese todo el claustro, y apenas cogiera Sor Teodora la escoba para dar principio á su obra, vió aparecer á Tilín, que de la sacristía salió con una espuerta de he-

rramientas y algunos pedazos de madera. Parecióle tan horrible y repugnante, que bien pudo conocer Pepet el espanto que causaba en el ánimo de la señora. Quiso ésta retirarse, pero él le dijo:

—Una palabra, señora, pues va en ello la salvación de mi alma.

¡La salvación de su alma! Esto era motivo bastante para no huir. A veces una palabra basta á llenar de gracia un corazón y salvar un alma. Si ella podía decir esa palabra, ¿por qué no decirla? La de Aransís no era gazmoña.

—La madre abadesa me ha mandado que clave estas tablas en la puerta — dijo Tilín.

—Dios me depara por un instante la compañía de la persona que más amo en el mundo. Señora, si usted no me oye y se va...

Al decir esto, Tilín fijó sus ojos de fuego en el semblante de la asustada monja, y al mismo tiempo mostró un cuchillo enorme que con las otras herramientas tenía.

—¿Qué?...—murmuró ella.

—Si usted se va y no me oye, ahora mismo me parto el corazón con este cuchillo, y acabo para siempre.

Diciéndolo, mostraba el filo del arma.

Sor Teodora tembló de espanto, y no se atrevió á moverse. Veía á Tilín en las agonías de la muerte; veía el convento manchado por la sangre de un suicida, y el horrible escándalo que había de seguir á este hecho. Más muerta que viva tomó su escoba y se puso á barrer á pocos pasos del dragón.

—Señora—dijo éste tomando un martillo.—Yo haré por vencerme; pero es precisa condición que usted no huya de mí.

—¡Malvado!—exclamó la monja, recobrando pronto su energía. — Si no temiera ofender á Dios, aquí mismo te rompía la cabeza con este palo. ¿Quién te inspiró tan infames ideas? ¿De ese modo pagas los beneficios que has recibido en esta casa? Sin duda estás dominado por Satanás. Arderás en los infiernos si no te detienes á tiempo.

Y diciendo esto, barria.

—Arderé con gusto si ardemos juntos—replicó Tilín, que lanzado por los despeñaderos del sacrilegio, no podía detenerse.—Yo no soy como ningún otro, señora. Veneno y fuego corren ya por mis venas.

—¡Maldito, para todos hay misericordia; pídelo y se te dará!

—No la quiero sin usted... ¿Por qué soy maldito, porque amo? ¿Quién ha hecho los corazones sino Dios? Si usted estuviera fuera de esta casa, ¿qué mal habría en que correspondiera á mi cariño?... Mi cariño es ahora salvaje y loco... pero sería dulce y tranquilo si no hallara tantas espinas cuando se acerca á su objeto. Todo el mal consiste en que es usted monja, en que viste un hábito, en que hizo votos... ¡Ay, señora! hace dos años, cuando le cortaron á usted el cabello... yo era niño y usted era ya una mujer que podía haberse casado con cualquier hombre... Pues digo que cuando le cortaron á usted el cabello sentí que una espada fría me atravesaba el

corazón. Desde aquel instante la quiero á usted y la adoro más que si estuviera en los altares.

Sor Teodora iba á contestar, pero no pudo y siguió barriendo.

—Eso de ser monja—añadió Tilín, clavando un clavo,—es lo que me atormenta. Yo digo que á veces es Satanás quien hace los conventos. Este por lo menos obra suya es... No me hable usted de Dios, ni me llame irreligioso, ni sacrilego... todo eso será verdad, será verdad; pero no quiero oirlo... Demasiado me atruena la tempestad que zumba en mis oídos... Hay un medio de cortar este mal, señora—añadió suspendiendo su obra y mirándola con fijeza y una especie de éxtasis deleitoso, que le hacía poner los ojos en blanco;—hay un medio. Usted que es tan santa, usted que conseguirá de Dios cuanto le pida, pídale que le arranque esa soberana hermosura, que le apague la luz de esos ojos divinos, que le quite esa gracia y ese encanto hechicero prestado por los ángeles del cielo, que le prive de ese noble continente y de ese modo de mirar, el cual parece que va repartiendo dones donde quiera que vuelve los ojos, pídale usted esto, y entonces... no entonces tampoco dejaré de quererla, tampoco entonces.

Sor Teodora volvió el rostro. Creía sentirse estrangulada por una serpiente que se enroscaba en su cuello.

—Este miserable no tiene salvación—pensó.—Abandonémosle.

Y dió algunos pasos para alejarse.

—Señora—gritó Tilín lleno de despecho,—nos veremos, nos veremos cuando usted menos lo piense.

Esta audaz despedida, que era una amenaza, despertó tal cólera en el ánimo de la de Aransis, que se volvió y dijo:

—¿Pues qué, menguado y vil hombrecillo, todavía esperas que he de tolerar una vez más tus groserías? Yo te juro que hoy es el último día que pondrás los piés en esta casa.

—Eso dicen, señora. Ya me ha mandado la madre abadesa que no vuelva más, porque el capellán se ha quejado de mis entradas aquí.

—¿Lo ves, lo ves, execrable víbora?

—Sí, ya me han prohibido la entrada, y en cuanto clave esta puerta adiós para siempre San Salomó, mi querido San Salomó, donde está mi vida toda... Pero volveré, señora, yo juro á usted que me verá cuando y donde menos lo piense. Esto no se puede dejar.

La monja sintió que su terror se aumentaba. La imagen detestable de Tilín se le representó lo mismo que el terrible individuo que está á los piés de San Miguel.

—Volveré—repitió Tilín, levantándose y recogiendo las herramientas.—Hasta luégo, señora.. No se digna mirar al pobre condenado. Señora...

La monja se alejaba rápidamente. Huía como se huye del monstruo más horrendo.

—Sí... me condenaré...—murmuró Tilín.—Ya estoy condenado... Sí, ya lo estoy, si ya no puedo salvarme.

El sacristán guerrero estaba tan absorto en sus pensamientos, que no vió á la madre abadesa que hacia él venía.

—Tilinillo—le dijo la señora,—antes que te vayas arregla el emparrado de la huerta. Ya ves que con el peso de los racimos y lo mucho que ha crecido la vid amenaza caerse uno de los palos y rompernos la crisma el día menos pensado. Ponle un par de clavos, y nada más.

—Ya había pensado en ello, señora. Voy á traer la escalera grande que hay en la iglesia. Compondré el emparrado y también daré uná mano de cal á las tejas del palomar que se están cayendo.

—Bien, hombre, bien, todo se te ocurre—dijo la buena madre, entusiasmada con la previsión del sacristán soldado.—Yo no tendría inconveniente en que siguieras entrando aquí. ¿Qué importa? Tú eres bueno; te hemos criado desde niño... sabes respetarnos y nos quieres mucho... pero el señor capellán me ha dicho hoy que esto no puede consentirse... tiene razón... no puede consentirse... y hoy te despedirás de nosotras. Pero vendrás á vernos por el locutorio, ¿no es verdad?

—Sí, señora, volveré por el locutorio.

—Espero que otra vez tomarás parte en la campaña. ¡Qué injusto ha sido contigo ese bribón de Pixola! Ya le he escrito á Jep... ¡Por las espinas de Cristo, que es un dolor ver obscurecido á militar tan valiente! ¡Es lástima que no hayas ido á Manresa!

—Aún es tiempo: iré.

—¿Con la gente de aquí?

—Con la gente de aquí, ó conmigo solo.

Y sin más razones fué á buscar la escalera. Viósele después sobre el emparrado, sobre el palomar y andando por el filo de la gran tapia. Parecía el gato de San Salomó recorriendo sus dominios. Después se encerró largo rato en la leñera, sala baja que antes de la embestida de los franceses fué refectorio, y pasando á trastera, estaba completamente atestada de restos de madera y de retama para los hornos de bollos. Allí estuvo Pepet revolviendo todo en busca de no sabemos qué materiales para la obra magna que pensaba hacer en el palomar. Grande fué su tarea; pero al anochecer dió todo por concluído, y puesto el uniforme y despidiéndose de las monjas, salió del convento.

XIII

Había decidido poner fin á aquel estado de destierro y vergonzosa inacción en que le tenía el envidioso Abres y correr á compartir las fatigas y las glorias del ejército apostólico junto á los muros de Manresa. ¿Qué le importaba la desaprobación de su jefe inmediato? El hallaría modo de congraciarse con Jep dels Estanys, y si no lo lograba obraría por cuenta propia, organizando un somatén libre que levantara una bandera enfrente de todas las banderas habidas y por haber; y si no conseguía esto, tampoco se sometería al

fallo de la Junta Suprema para que le fusilase, le quemase, le descuartizase ó hiciera con él todo lo que una Junta Suprema puede hacer con un oficial rebelde.

Su osadía no reparaba en consideración alguna, y tanto desprecio le inspiraba la disciplina como el peligro.

Concertóse aquella misma tarde con dos docenas de amigos, gente que nada tenía que perder, de esa que lo mismo sirve para lances heroicos que para las empresas más desalmadas, y al cerrar la noche salieron todos de Solsona, sin dar cuenta á nadie, resueltos á no parar hasta Manresa.

Deseaba Tilín acometer con los suyos una empresa grande y terriblemente difícil, cosa en verdad más posible en pensamiento que en realidad, por no ser aquellos tiempos propios para ninguna especie de grandezas como no fueran las grandezas de la vulgaridad. Hallándose su alma empapada, digámoslo así, en tan sublime idea, forzó la marcha para llegar pronto, y después de andar sin descanso por espacio de una noche y un día, apartándose de los caminos más frecuentados, llegó á San Mateo de Bagés, donde supo que las tropas y somatenes de la causa apostólica estaban sobre Manresa aguardando el momento de la entrada, el cual no iba á depender de sangrientas peleas ni de empeñados asaltos, sino del soborno de la guarnición de la plaza. Decir cuánto enfrió esta noticia el ánimo de Tilín fuera inútil, conociéndose sus bríos indomables y su natural violento y

despótico para quien el empleo de la fuerza era una necesidad, una delicia y la única razón y lógica posibles.

Resolvió ante todo presentarse al general en jefe á quien había escrito una carta muy expresiva la madre abadesa, y manifestarle que no podía servir á las órdenes de Pixola, porque Pixola era un hombre rastrero, vil, envidioso. Después pensaba pedirle el puesto de más peligro en los próximos combates, para borrar con un comportamiento heroico su falta de disciplina.

En San Fructuoso de Bagés halló Tilín al comandante general de los sublevados, el hombre de confianza de la Junta, el brazo de aquella inmensa intriga de canónigos inquietos, de inquisidores cesantes y de seglares sin empleo que tenía su centro en Madrid, no se sabe si en la sociedad del *Angel Exterminador* (cuya existencia no está históricamente demostrada) ó en el misterioso cuarto del infante D. Carlos.

Don José Bussons, llamado vulgarmente *Jep dels Estanyes*, era un guerrillero anciano, seco, pequeño, pero fuerte y ágil todavía, de carácter violento y agrio. Hablaba poco, reía menos y era el hombre más blasfemo de Cataluña, y aun puede decirse de toda la cristiandad; pero esto no era obstáculo para que los píos autores de la rebelión hicieran de él el Josué de la guerra apostólica, por aquello de *operibus credite non verbis*. Y las obras de Jep eran las más propias para despertar gran entusiasmo entre la gente obscura y envidio-

sa que rumiaba su descontento en claustros, sacristías y camarillas episcopales, porque poseía el instinto de la organización bélica y había establecido la práctica de que las gavillas de la Fe rezasen el rosario entre batalla y batalla. De la conciencia privada, digámoslo así, de Jep dels Estanys puede juzgarse por el hecho inaudito de recibir á botetadas á los sacerdotes que quisieron prestarle los auxilios espirituales cuando fué condenado á muerte en el sangriento epílogo de aquella campaña.

Según declaró en su último instante, había estado dieciocho veces en la cárcel por diferentes crímenes, aunque los principales, dicho sea en disculpa suya, eran delitos de contrabando. Su educación guerrera la hizo en las gloriosas peleas contra el fisco, y sus primeros laureles los ganó pasando géneros prohibidos. De esta escuela pasó á la de la guerra de la Independencia, saltando de contrabandista á coronel. Guerreó más tarde contra los constitucionales, ganando una pensión vitalicia de veinte mil reales con que el Rey quiso premiar méritos tan sobresalientes. Detestaba la vida pacífica y normal de las ciudades y el noble trabajo de la industria. Su más grata mansión era el campo, su descanso el cansancio, su cama las duras peñas; tan bien vivía bajo un sol abrasador como sobre nieves y hielos, con tal que no le faltase un pedazo de pan y un tomate crudo para desayunarse. Cuando no había guerra era preciso, según él, inventarla, conformán-

dose en esto con el pensamiento de Voltaire respecto á Dios.

No era ambicioso de riquezas; inquietábase un afán insaciable, que según unos era el afán de hacer daño. Despreciaba las penalidades y sabía cómo se conciliaba el sueño en los calabozos, lugares de comodidad y regalo para quien había aprendido á dormir á caballo ó en la rama de un árbol. Tenía la audacia y la presteza del cernícalo, así como su crueldad. Su cara era seca, áspera y arrugada como un pedazo de leña vieja.

Cuando se ofrece á la contemplación de nuestros lectores, vestía uniforme de voluntario realista sin cruces ni insignias, no llevando el ingente chacó con que se decoraban los individuos de aquel cuerpo, sino la montera catalana doblada hacia adelante, como la usaban la mayor parte de las tropas. A éstas las trataba caprichosamente, siendo unas veces severo con las faltas, y otras muy tolerante, según estaba de humor. La buena estrella de Tilín quiso que éste fuese bueno aquel día, y así después de observarle de piés á cabeza, le dijo el general:

—¡Ah! eres tú el que se ha criado en las faldas de las monjas... Bien, bien. Ya sé que eres valiente. A mí me gustan los hombres valientes sobre todo. A mí también me criaron monjas. Mi madre era criada de las madres del monte Olivete en Tortosa... Pero esto no hace al caso.

—Lo que pido á vucencia—dijo Tilín con entereza,—es que me conceda el puesto de

mayor peligro en la toma de Manresa. De este modo lavaré mi falta.

—¿Qué falta?—preguntó Jep con asombro.

—La de no haber obedecido á Pixola. Yo quería tomar parte en la guerra y no estar mano sobre mano en Solsona.

—¡Ah!... Ya sé que Pixola es un bruto. ¿Quién hace caso de Pixola? Has hecho perfectamente en venir aquí... ¿Y qué grado tienes?... ¿Nada menos que comandante?... Cuando esto se acabe rectificaremos todos los grados, y el Rey, cualquiera que sea, dará los premios que cada cual merezca... Mira, chico, ya que estás aquí, puedes prestarme un servicio. Estos brutos no sirven para nada. Todavía están mi botas sin limpiar... Hace dos horas que están arreglando los arneses de los caballos... Mira Tilín, limpiame esas botas que están llenas de barro.

El comandante general, calzado con alpargatas y sentado junto una mesa sobre la cual garrapateaba un oficio, señaló sus botas que estaban arrojadas en un rincón de la sala junto á un montón de ropa sucia. Viéndolas parecía que se veían los pies de un borracho. De un morralillo sacó Jep un cepillo y lo tiró al otro extremo de la sala.

—Ya tienes lo necesario—dijo tomando la pluma con no poca dificultad.—¿Con que tú quieres un puesto de peligro? Lo mismo fui yo en mi mocedad. ¡Un puesto de peligro! Eso es, ó ser soldado ó no serlo. Lo demás se deja para las damas. El inconveniente, chiquillo, es que ahora no habrá puestos de pe-

ligro. Como nosotros guerreamos por órdenes que vienen de muy alto; como á nosotros nos apoya parte de la corte, si no toda ella, y hay un manejo secreto que hace inútiles las bayonetas, la guarnición de Manresa se rendirá. Allá dentro hay unos nenes de sotana que harán más que todos los generales. Sin embargo, puede que tengas donde lucirte. Has subido mucho, monago; veo que aquí cada uno se dá á sí mismo los grados que le acomodan.

Echóse mano al bolsillo y sacando los trebejos de fumar, dijo:

—Mira, Tilín, toma dos cuartos y vete á comprármelos de yesca. Doblas la esquina de esta casa y enfrente ves la lonja de Alfarrás. Tráemela pronto, que quiero fumar... pronto digo: me gusta la gente de piernas ligeras. El soñador Tilín, cuyo cerebro hervía con el movimiento y bullicio de gloriosas batallas, sintió su corazón atravesado por una aguja de hielo y una sensación de caída semejante á la que tenemos cuando en sueños nos despeñamos de una alta cima sobre abismos sin fondo. Arrojó el cepillo con desdén, y tomados los dos cuartos, salió diciendo para sí:

—¡El Demonio me lleve! Ni esto es guerra, ni estos son soldados, ni esto es causa apostólica; ni esto es decencia, ni este es valor, sino una farsa inmunda.